

dida, qué limites, qué término á su apetito, á su licencia, á su disolucion? Es el temor de Dios aquel cercado que defiende la viña; abierto el cercado, y echado por tierra, queda espuesta á que todos la vendimien, la pisen y la destruyan.

Dadme, Señor, este santo temor vuestro tan necesario y tan saludable. Ameos yo, divino Salvador mio, y nada tema tanto como ofenderos, nada como no amaros en tiempo, y como perderos por toda la eternidad.

JACULATORIAS. — Penetrad mi alma de vuestro santo temor, para que me libre de la terribilidad de vuestros juicios. (*Psalm. 118.*)

Bienaventurado el hombre que teme al Señor, y coloca todo su consuelo en guardar exactamente sus santos mandamientos. (*Psalm. 111.*)

### PROPOSITOS.

1. *El principio de la verdadera sabiduría*, dice el Profeta, *es el temor de Dios*. La mayor prueba de un entendimiento corto, y de un corazon estragado, es no temerle. Hay un temor servil, que es el de los esclavos, los cuales temen el castigo, sin dárselos nada por el mérito de la persona ofendida; *pero nosotros*, dice S. Pablo, *no somos hijos de la esclava, sino de la libre* (*ad Gal. 4.*); y nuestro temor debe ser como el de aquellos buenos hijos que solo temen ofender al padre, á quien tiernamente aman. Quanto mas se ama á uno, mas se teme desobedecerle y enojarle. De aquí nace aquella exactitud en cumplir con las obligaciones del estado; aquel anticiparse á prevenir el precepto; aquella delicadeza de conciencia en todo lo que toca á la religion y á la piedad. Procura conseguir este temor de Dios tan saludable. Quando se domestica el entendimiento con el vicio; quando la conciencia se ciega voluntariamente; quando el corazon se endurece con la costumbre del pecado; entonces hay poco temor de Dios, é insensiblemente se llega á perder del todo. Trátanse de vanos espantajos, de pusilanimidad, de falta de espíritu, de escrúpulos irracionales y ridiculos el temor de Dios y la delicadeza de conciencia, que una vez pérdida por la culpa, rara vez se recobra. Guárdate bien de zumbarte jamás de aquella escrúpulosidad delicada, que es como la legitima de las almas santas. Confúndate su fervor, su puntualidad, su vigilancia; y habla siempre de ellas con estimacion y con elogio, temiendo mucho ofender á Dios de lo contrario.

2 Huye cuanto puedas de tratar con aquella especie de personas que se precian *de spiritus fuertes*, esto es, que temen poco ó nada; de aquellas que tienen por lícito todo lo que lisonjea á la concupiscencia y al amor propio, que de nada dudan, en nada reparan, y tratan de menudencias, de bagatelas, de devociones mujeriales las devociones mas provechosas. El trato con esta especie de gentes, aunque por lo comun parezca juicioso y arreglada, siempre es contagioso. No te avergüences de parecer hombre timorato. ¡Con qué temor, y aun con qué escrúpulosidad se cuida de no disgustar al príncipe! Cada cual hace vanidad y aun mérito de ser escrupuloso en este punto. ¿Pues de quando acá se ha de avergonzar un cristiano de ser exacto en dar gusto á Dios? Examina si hay algo que reformar en tu casa, en tu familia, en tu persona, en tu conducta; mira si tienes que temer algo en tus hijos, en tus criados inferiores, en tus dependientes; repítelos aquella admirable leccion que daba Tobías á su hijo: *Omnibus diebus vite tue in mente habeto Deum, et cave ne aliquando peccato consentias*: acuérdate todos los dias, todos los instantes de tu vida de que estás á la presencia de Dios, y guárdate bien de consentir en algun pecado. Serémos dichosos, *si timuerimus Deum*, si temiéremos siempre á Dios. Es devocion muy útil repetir muchas veces la siguiente oracion:

*Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter, et amorem fac nos habere perpetuum; quia numquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tuæ dilectionis instituis. Per Dominum nostrum...*

«Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el amor y el temor perpetuo de vuestro santo nombre; porque nunca desampara vuestra providencia á los que afianzais en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Señor Jesucristo...»

### DIA III.

#### MARTIROLOGIO.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ DEL SEÑOR, en Jerusalem, en tiempo del emperador Constantino. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS ALEJANDRO, papa, EVENCIO y TEODULO, presbiteros, en Roma, en la via Nomentana; de los cuales Alejandro en el imperio de Adriano, siendo juez Aureliano, despues de haber sufrido la cárcel, las cadenas, el potro, los garfios de hierro y el fuego, le agujerearon todo el cuerpo con punzones de hierro, en cuyo tormen-



to espiró; Evencio y Teodulo despues de haber estado mucho tiempo en un calabozo, y de haberlos pasado por el fuego, al cabo los degollaron. (*Véase su historia en las de este dia.*)

SAN JUVENAL, obispo y confesor, en Narni. (*Véase una noticia de su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES ALEJANDRO, soldado, y ANTONINA, virgen, en Constantinopla: durante la persecucion de Maximiano, siendo Festo prefecto, Antonina fué condenada al lugar infame de las mujeres públicas, de donde la sacó ocultamente Alejandro cambiándole el vestido, y quedando él en su lugar; despues fueron ambos atormentados, les cortaron las manos, y los echaron en el fuego, con el cual alcanzaron la eterna corona.

LOS SANTOS MÁRTIRES TIMOTEO, y MAURA, su mujer, en la Tebaida, á quienes Ariano, prefecto, despues de muchos tormentos, mandó clavar en una cruz, de la cual estuvieron pendientes vivos nueve dias, y animándose mutuamente á perseverar en la fe, al cabo consumaron el martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES DIODORO y RODOPIANO, en Afrosisia, ciudad de Caria, los cuales fueron apedreados por sus conciudadanos (hasta que murieron) en la persecucion de Diocleciano.

LOS BIENAVENTURADOS SOSTENEO y UGUCION, confesores, en el monte Senario junto á Florencia, los cuales en el mismo dia y hora que Dios les habia revelado, rezando el Ave Maria partieron de esta vida á la eterna. (*Véase la historia de los siete siervos de Maria, en el dia 11 de febrero.*)

#### LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

CELEBRA la Iglesia esta fiesta en memoria de aquel descubrimiento que hizo en Jerusalem la emperatriz Elena, madre del emperador Constantino, del sagrado trofeo de nuestra redencion el año 326, poco tiempo despues que el mismo emperador habia derrotado al tirano Majencio en virtud de la señal de la cruz.

Iba Constantino á presentar la batalla á este tirano, que le esperaba con un ejército de casi doscientos mil combatientes; y conociendo que necesitaba de auxilio superior para vencerle, dirigió su corazon y sus votos al Dios de los cristianos, cuyo poder no ignoraba, no cesando de invocarle todo el tiempo que duró la marcha. Era la mitad del dia, que habia amanecido muy despejado y sereno, cuando vió en medio del aire una resplandeciente cruz, mas brillante que el mismo sol, orleada de una inscripcion con caracteres de luz, que decia así: *In hoc signo vincas*: vencerás en virtud de esta señal. Aquella misma noche se apareció Cristo á Constantino con el mismo sagrado simbolo que



LA INVENCION  
DE LA SANTA CRUZ.



se le habia descubierto en el cielo, y le mandó que haciendo copiarle, se sirviese de él en los combates. Obedeció el emperador; y dando órden para que viniesen á su tienda los mas hábiles lapidarios y plateros, les esplicó la figura de la insignia que queria fabricasen, ordenándolos que la hiciesen de oro, y la esmaltasen con las mas preciosas piedras.

Diéronse priesa á la obra, y la concluyeron presto. Era una cruz de oro; de la altura de una pica, enriquecida de preciosísimas piedras, cuya parte superior terminaba en una cifra, ó monograma, que esplicaba el nombre de Jesucristo, acompañado de la primera y última letra del alfabeto griego, para significar que Cristo es principio y fin de todas las cosas. Pendia de lo ancho de la cruz un pequeño cuadrado de riquísima tela, color rojo de la púrpura mas fina, bordado de oro, y cargado de piedras inestimables, en cuya parte superior é inferior estaban bordados con hilo de oro los bustos del emperador y de sus hijos. A este nuevo estandarte se le dió el nombre de *Lábaro*, y le llevaban delante del mismo emperador los oficiales mas valientes y mas piadosos de sus guardias. Mandó Constantino que se hiciesen otros muchos semejantes, repartiendo uno á cada legion de sus tropas; y haciendo esculpir en su morrion el monograma del nombre del Salvador del mundo, ordenó que se esculpiese tambien en los broqueles de todos sus soldados. Despues hizo venir á su presencia á algunos obispos, y habiéndose instruido en los principios de nuestra religion, resolvió no consentir otra en toda la estension de su imperio.

Mientras tanto salió Majencio de Roma con su formidable ejército, compuesto de mas de ciento y ochenta mil combatientes. Derrotóle Constantino lleno de confianza en la cruz de Jesucristo; anegóse el tirano en las olas del Tiber, sin que hasta entonces hubiese visto el mundo victoria mas completa. Abrió Roma sus puertas al vencedor; y para eternizar éste el testimonio de que habia debido la victoria á la virtud de la santa cruz, mandó hacer una estatua suya en la misma Roma, con el trofeo de nuestra redencion en su imperial mano, y con una inscripcion que acreditaba su fe y su reconocimiento.

Despues que derrotó tambien á Licinio, emperador del Oriente, viéndose Constantino único y absoluto señor de los dos imperios, aplicó todos sus desvelos á que floreciese en ellos la religion verdadera, y á desterrar, si pudiese, hasta las miserables reliquias del paganismo.

Habian hecho todo lo posible los gentiles para profanar los santos lugares de Jerusalem, y especialmente para que no que-



dase memoria de la triunfante resurreccion de nuestro Salvador. Con este fin habian terraplenado la gruta del santo sepulcro; y enlosando con grandes piedras el pavimento, habian levantado en el mismo sitio un templo en honor de la diosa Vénus, donde ofrecian á esta sucia deidad los mas abominables sacrificios; medio eficazísimo para que jamás se dejasen ver en aquel lugar los cristianos. Dió orden Constantino para que se demoliere aquel infame monumento de la impiedad, y para que allí mismo se edificase un templo tan magnífico, que hizo grandes escesos á los mas soberbios edificios, que se admiraban en otras ciudades; y escribiendo de este asunto á Macario, obispo de Jerusalem, le decia estas palabras: *He dado orden á Daciliano, vicario de los prefectos y gobernador de la provincia, para que arreglándose á tus órdenes, emplee los obreros necesarios para levantar las paredes. Avisame qué mármoles preciosos, cuántas, y qué especie de columnas te parece que se coloquen, para dar providencia de que se te envíen. Tambien me alegraré saber si tienes por conveniente que la bóveda se adorne con algun artesonado, ó qué adorno te parece que se ponga; y en caso de elegir el artesonado, se pudiera cubrir de oro.*

Sta. Elena, madre del emperador, quiso tomar de su cargo el cuidado de esta grande obra. Era á la sazón de ochenta años, y habia muchos que solo se empleaba en obras de caridad, en ejercicios de devocion, y en todo lo que podia contribuir á la mayor gloria de la religion y de la Iglesia. El emperador la habia hecho declarar Augusta, queriendo que fuese reconocida por emperatriz, y dándola facultad para que dispusiese á su arbitrio de sus rentas y tesoro imperial. Era esta princesa enemiga de todo fausto; modestísima en su vestido, que era llano y humilde; pero al mismo tiempo tan magnífica y tan bizarra en todo lo que tocaba al culto divino, que no perdonaba á los mayores gastos para enriquecer y para adornar hasta los mas pequeños oratorios de los lugares mas cortos.

En medio de su grande ancianidad pasó á Jerusalem la piadosa emperatriz. Subió al monte Gólgota, y abrasada en ardentísimos deseos de encontrar el sagrado madero donde se obró nuestra redencion, venció todas las dificultades que podian acobardarla, y aun hacerla desesperar de la empresa. Eran verdaderamente grandes; porque, como ya llevamos dicho, siguiendo á Sozomeno, los gentiles en odio del nombre cristiano habian hecho todo lo posible para borrar hasta el nombre del santo sepulcro. Sobre haberle colmado de tierra y de piedras, tanto que se habia elevado considerablemente el terreno antiguo,

habian edificado en él un templo á la diosa Vénus, y en el mismo sitio donde estaba el sepulcro habian colocado la estatua de Júpiter.

Dió principio á la obra, mandando demoler el templo y el idolo; hizo sacar toda la tierra, y guiándose por la tradicion antigua, mandó cavar tan hondamente que al fin se descubrió el santo sepulcro, y junto á él tres cruces del mismo tamaño y de la misma figura, sin que se pudiese distinguir cual era la del Salvador, porque el título que Pilatos habia mandado poner sobre ella, *Jesus Nazareno, rey de los Judios*, estaba separado, y en medio de las tres cruces; y aunque esta parecia bastante prueba de que una de las tres era la que se buscaba, parecia imposible saber á punto fijo cual de las tres era.

Viéndose la santa emperatriz con este embarazo, consultó con S. Macario lo que se debia hacer; y el santo obispo fué de parecer que se aplicasen todas tres cruces á algun enfermo; no dudando que Dios declararia con algun milagro cual de ellas era la verdadera cruz del Salvador. Aprobóse este expediente, y habiéndose aplicado las dos á una señora de distincion que estaba agonizando, no se vió efecto alguno; pero apenas se la aplicó la tercera, cuando quedó repentinamente sana, á vista de innumerable gentío que fué testigo de esta maravilla. Aun se hizo despues otra prueba. Tendiéronse sobre las tres cruces tres cadáveres, y solamente resucitó el que se tendió sobre aquella cuyo contacto habia sanado á la enferma agonizante; y con esta experiencia se comenzó desde luego á rendir al trofeo de nuestra redencion el culto que se le debia.

Mandó la piadosa emperatriz que se edificase una suntuosa iglesia en el mismo sitio donde se habia hallado la santa cruz; y dejando en ella la mitad del sagrado madero, engastado en preciosísimas piedras, llevó la otra mitad á su hijo Constantino, que la recibió con singular veneracion. Persuadido este grande emperador á que no podia enriquecer su nueva ciudad de Constantinopla con joya mas estimable, ordenó se embutiese una considerable porcion de ella en la misma estatua suya que se dejaba ver en medio de la plaza, colocada sobre una magnífica columna de pórfido, con una manzana de oro en la mano derecha, y con esta inscripcion en el pedestal: Cristo mi Dios, yo te encomiendo esta ciudad. Lo restante de la sagrada cruz fué enviado á Roma por el mismo emperador, y colocado en la suntuosa iglesia que hizo edificar espresamente á este fin con el título de santa Cruz en Jerusalem.

S. Cirilo, obispo de esta ciudad, veinte años despues de san



Macario, testifica que en poco tiempo se llenó el mundo de fragmentos, ó reliquias de la parte de la cruz que quedó en Jerusalem; porque así él, como sus predecesores desde S. Macario, regalaban con ellas á los peregrinos de distincion que concurrían á dicha santa ciudad con el piadoso fin de ver y de adorar el instrumento de nuestra redencion. Y añade el mismo Padre, como testigo ocular, que no por eso se disminuía el pedazo del sagrado leño que estaba en Jerusalem; antes se repetía en él aquel milagro de los cinco panes, que repartidos entre la muchedumbre, no solo no decrecían, sino que se multiplicaban.

S. Paulino, que florecía por los años de 400, dice que la milagrosa virtud con que aquel leño muerto se reproducía como si estuviera vivo, era efecto del contacto de aquella carne divina que habiendo padecido muerte en el mismo madero, venció á la muerte con su gloriosa resurreccion: *Cruz in materia insensata vim vivam tenens, ita ex illo tempore innumeris penè hominum votis lignum suum commodavit: ut detrimenta non sentiret, et quasi intacta permaneret quotidie dividuam summentibus, et semper totam venerantibus: sed istam impartibilem virtutem, et indestructibilem soliditatem, de illius carnis sanguine bibit, quæ passa mortem, non vidit corruptionem.* Así habla San Paulino de este milagro de la santa Cruz en su epístola 11 á Severo.

Siendo costumbre de los judíos enterrar á los ajusticiados con todos los instrumentos con que lo habian sido, fuera del título, se hallaron tambien los clavos, y probablemente la corona de espinas; la cual en tiempo de Gregorio Turonense, que vivió en el sexto siglo, se conservaba todavía tan verde, que parecia reverdecer todos los dias. Ignórase qué hizo Sta. Elena del título de la cruz; pero de los clavos hizo toda la estimacion que merecia tan preciosa reliquia. Aseguran S. Ambrosio, S. Gregorio Nacianzeno, Niceforo y Zonáras, que solo encontró tres clavos la piadosa emperatriz; los que fácilmente se distinguieron de los otros, porque estos estaban todos roídos y cubiertos de orin, pero los del Salvador se conservaban milagrosamente enteros, lustrosos y limpios, como si acabáran de salir del yunque. Uno de ellos mandó la emperatriz se engastase en el bocado ó tascafreno del caballo que servía á Constantino; otro dice S. Ambrosio que le hizo engastar en la misma diadema imperial, y el tercero le arrojó en el mar Adriático para sosegar una furiosa tempestad. Dicese que no por eso se perdió este clavo, antes bien vino nadando sobre el agua como en otro tiempo la hacha del profeta Eliseo; y que apreciándole mas que á los otros

Sta. Elena por este milagro, se le regaló á la iglesia de Tréveris, siendo su arzobispo S. Agricio, á quien la emperatriz profesaba singular veneracion. Poco despues presentó á la iglesia de S. Juan de Letran el que habia colocado en la diadema del emperador; y finalmente regaló á la de Milan con el que habia servido de bocado al caballo de este príncipe.

Siendo tan gloriosa á toda la Iglesia la invencion de este sagrado trofeo, se celebró en ella su fiesta con mucha solemnidad. Ya se celebraba en Francia en la primera línea de sus reyes, encontrándose su oficio en los antiguos misales de la liturgia galicana. El rey Ervigio, que reinaba en España en el siglo VII, espidió un decreto que se halla en el código de las leyes de los visogodos, por el cual manda á los judíos establecidos en sus dominios que celebren la fiesta de la invencion de la santa Cruz, del mismo modo que los obligaban á celebrar la de la Anunciacion, Natividad, Epifanía, Circuncision, Pascuas y Ascension.

El fin de haber señalado el dia tercero de mayo para celebrar esta fiesta, fué por acercarla todo lo posible á la memoria de la pasion del Salvador, y á la adoracion de la cruz, que se hace en el viernes santo. Por eso se señaló el primer dia libre despues de la solemnidad de la Pascua, que nunca puede pasar del segundo dia de mayo.

Consérvanse y se adoran en muchas iglesias partes muy considerables de la verdadera cruz. Fuera de las que se adoran en Roma, hay otras en Francia, Italia, Alemania, España y Portugal. Justino II, emperador de Constantinopla, envió una porcion de ella á Sta. Radegundis, mujer de Clotario I, con la cual enriqueció su real monasterio de santa Cruz de Poitiers; y con esta ocasion Furtunato, que seguía la corte de la santa reina, y fué despues obispo de dicha ciudad, compuso los dos célebres himnos, de que aun usa el dia de hoy la santa Iglesia en el oficio de la pasion y de la cruz, que comienzan: *Vexilla Regis prodeunt*, y *Pange lingua gloriosi lauream certaminis*. San Gregorio envió una parte de la verdadera cruz á Recaredo, rey de los godos en España, como un riquísimo presente. S. Luis consiguió de los venecianos la porcion de cruz que habia quedado en Constantinopla, y la hizo trasladar á Francia el año de 1241, colocándola en la santa capilla que edificó el de 1242, juntamente con la corona de espinas, que dos años antes le habian regalado los mismos venecianos.

En el colegio y noviciado de Villagarcía de Campos, se venera un *lignum crucis*, como de una pulgada de largo y media de grueso, con que el santo papa Pio V. regaló al señor don



Juan de Austria despues de la famosa batalla de Lepanto; y su Alteza se le presentó á la escelentísima señora D.<sup>a</sup> Magdalena Ulloa, insigne fundadora de dicho colegio, que habia criado al señor don Juan en aquella villa.

LOS SANTOS ALEJANDRO, PAPA, EVENCIO Y TEODULO,  
PRESBITEROS Y MÁRTIRES.

EL mismo dia de la Invencion de la Santa Cruz celebra la Iglesia católica el martirio de S. Alejandro, papa y mártir, el cual fué natural de Roma, é hijo de un ciudadano romano, llamado tambien Alejandro. Sucedió en la silla pontifical al sumo pontífice Evaristo, y fué el séptimo papa despues de S. Pedro, poniendo en el número de los papas (como se han de poner) á S. Lino y á S. Cleto, que inmediatamente, uno despues de otro, sucedieron á S. Pedro. Fué nuestro Alejandro en la santidad admirable, y en la fe y constancia del martirio muy esclarecido. Era mozo de treinta años cuando comenzó á gobernar la Iglesia; pero su vida y doctrina suplian bien el defecto de su edad. Convirtió con su predicacion y trato celestial á muchos senadores y gran parte de nobleza de Roma, y entre ellos á un prefecto llamado Hermes, con toda su casa y familia, que fueron en número de mil doscientos y cincuenta personas, por lo qual fué preso por mandato de un gobernador llamado Aureliano; y echado en la cárcel, hizo muchos y grandes milagros, entre los cuales fué uno, que estando en ella aherrojado, vino á él de noche un niño con una hacha encendida en sus manos, que le dijo: *Sigueme, Alejandro*: y habiendo hecho oracion, y entendido que era el ángel del Señor, le siguió, sin que las paredes, ni puertas, ni guardas le impidiesen la salida de la cárcel, y el niño le guió hasta la casa de Quirino, tribuno, en la qual estaba preso Hermes, que deseaba mucho verse con S. Alejandro, y habia prometido á Quirino, que por mas que estuviese preso vendria á su casa. En viéndose se abrazaron los dos santos mártires; y derramaron muchas lágrimas de consuelo, animándose el uno al otro á padecer por Jesucristo. Esto espantó mucho al tribuno Quirino; el qual habiendo oido algunas razones á Hermes, y el modo con que él se habia convertido á la fe de Cristo nuestro Señor, y visto que S. Alejandro con el tocamiento de sus cadenas habia sanado una hija suya llamada Balbina, que estaba gravemente enferma de lamparones, se convirtió tambien él á la fe de Jesucristo con su hija y todos los presos que estaban en la cárcel; y el santo pontífice Alejandro mandó á Evencio y á Teo-

dulo, sacerdotes (que habian venido á Roma de Oriente), que los bautizasen. Vino esto á noticia de Aureliano; enojóse sobre manera, y habiendo mandado atormentar y matar á Quirino, y degollar á Hermes, y echar en el mar á todos los que en la cárcel se habian bautizado, y con ellos á Sta. Balbina, virgen, hija de Quirino, mandó traer delante de sí á Alejandro con los dos presbíteros Evencio y Teodulo, y despues de haber entre ellos pasado algunas palabras, dijo Aureliano: Dejemos de pláticas, y tratemos de lo que hace al caso; é hizo que los verdugos desgarrasen á Alejandro, y le estendiesen en el potro, y desgarrasen con uñas aceradas sus carnes, y quemasen los costados con hachas encendidas. En este tormento estaba callando el Santo; y preguntándole Aureliano: *¿Porqué callas? ¿Porqué no te quejas?* respondió Alejandro: *Cuando el cristiano ora, con Dios habla.* Por el mismo tormento pasaron Evencio y Teodulo. Era Evencio de ochenta y un años, y habíase bautizado de once, y ordenado de orden sacro de veinte; y como los santos mártires con los tormentos creciesen mas en la fe y amor de su Señor, y Aureliano no pudiese ablandarlos á su voluntad, mandó encender un horno, y echar en él á Alejandro y Evencio, y á Teodulo poner á la boca de él; para que viendo como se abrasaban y temiendo semejante castigo hiciesen sacrificios á los dioses; pero Teodulo, no solo no se espantó, por ver en el fuego á sus santos compañeros, antes encendido del amor divino, se dejó caer con ellos, que desde el horno le llamaban, y le decian que allí donde estaban no habia dolor, ni tormento, sino refrigerio y holganza: y así fué; porque las llamas no los empecieron, antes salieron del horno mas resplandecientes, como el oro sale del crisol. No se ablandó con este milagro el duro y rebelde corazon del tirano, antes mandó degollar á Evencio y Teodulo, y con unas aletas de acero muy agudas punzar, atravesar por todos los miembros de su cuerpo al santo pontífice Alejandro, para que muriese mas cruelmente; y en este tormento, como dice el libro de los romanos pontífices, despues degollado, dió su bendita alma á Dios á los 3 de mayo del año del Señor de 132, segun el cardenal Baronio, imperando Adriano, el qual por haber sido apoderado de Trajano, se llamó Trajano Adriano. Y así no es maravilla, que algunos autores, en ganados de la semejanza del nombre, escriban que S. Alejandro fué martirizado en el tiempo de Trajano.

Quedó Aureliano muy gozoso por haber muerto á los santos mártires, como si hubiera alcanzado alguna gran victoria; mas este gozo presto se le convirtió en llanto; porque oyó una voz



que le dijo: *Aureliano, estos que tú les has quitado la vida se les han abierto las puertas del cielo, y á tí las del infierno.* Quedó Aureliano con esta voz fuera de sí; cayó en el suelo, mordiéndose la lengua, y espiró para ser atormentado en el infierno con tormento eterno. Los cuerpos de S. Alejandro y sus compañeros, fueron enterrados fuera de la ciudad en la via Nomentana, siete millas de Roma, y despues se trasladaron dentro á la iglesia de Sta. Sabina, que es convento de los padres de Sto. Domingo. Vivió en el sumo pontificado S. Alejandro diez años, cinco meses y veinte dias, segun Baronio; aunque Eusebio no le da sino diez años, y el libro de los romanos pontífices diez años, siete meses y dos dias.

Fué Alejandro zelosísimo del culto divino: ordenó que en la misa se consagrara con pan sin levadura, para denotar la puridad del Santísimo Sacramento, y por imitar mas á Cristo nuestro Señor, que en la institucion de este sagrado misterio, la noche de la cena, así lo hizo. Dió por ley que en la consagración del cáliz se mezclase una poca de agua con el vino; para significar la union de Cristo nuestro Señor con su Iglesia, y representar la sangre y agua que salieron de su precioso costado. Y cuando decimos, que S. Alejandro ordenó estas ceremonias sagradas, no queremos dar á entender que él las instituyó de nuevo, porque los Apóstoles las usaron, sino que lo que ellos aprendieron de Cristo, y enseñaron á la Iglesia, este santo pontífice lo aprobó y estableció con sus cánones. Y así vemos que S. Cipriano y Justino, mártires, hablan de mezclar agua con el vino en el cáliz, como de cosa enseñada á los Apóstoles por el Señor, por tal recibida y usada siempre en la Iglesia católica. Añadió tambien á la misa aquella devotísima cláusula, que comienza: *Qui pridie, quam pateretur*, hasta llegar á las palabras de la consagración. Mandó que ningun clérigo pudiese decir mas de una misa cada dia. Pronunció sentencia de excomunion contra los que impiden á los legados apostólicos, que no puedan hacer lo que por el sumo pontífice les fuere mandado. Celebró tres veces órdenes en el mes de diciembre, y en ellas consagró cinco obispos, seis presbíteros y dos diáconos. Escribió tres Epístolas, que se hallan en el primer tomo de los Concilios, de los cuales se sacan los decretos y ordinaciones que habemos referido, y otra muy importante de bendecir el agua con sal, y con las ceremonias que hoy dia celebra la Iglesia, y tenerla en los templos, casas y aposentos contra las tentaciones y asechanzas de los demonios, que continuamente nos persiguen é infestan: la cual costumbre ha perseverado en la Iglesia católica des-

de sus principios, y el Señor ha hecho innumerables milagros de muchas y diversas maneras por medio del agua bendita, sanando todo género de enfermedades, apagando fuegos é incendios, sosegando las tormentas del mar, y temblores de la tierra, y tempestades del aire, y rayos del cielo, y librando las almas y los cuerpos de los endemoniados. Y en nuestros dias se han visto grandes efectos del agua bendita en las Indias en los gentiles y cristianos nuevamente convertidos, y en las tierras inficionadas de herejias entre los mismos herejes. Y sin duda el agua bendita es una arma poderosa contra los hechizos y embustes, y contra todas las artes del demonio; la cual el Señor con gran misericordia ha dado á su Iglesia, y de ella debemos nosotros continuamente usar con grande devocion y confianza en el mismo Señor que nos la dió.

#### SAÑ JUVENAL, OBISPO DE NARNI.

**L**A Iglesia hace conmemoracion de S. Juvenal, obispo de Narni, ciudad de Umbria, situada á unas cuarenta millas de Roma, con los santos mártires Alejandro y sus compañeros. De él dice el Breviario romano, y los Martirologios de Beda, Adon, y Usuardo, que fué varon de santísima vida, y esclarecida en milagros, y que convirtió casi toda la ciudad de Narni á la fe de Jesucristo. Otro Juvenal, asimismo dice S. Gregorio, que está sepultado en Narni, el cual fué mártir, y de él se hace mencion en el Martirologio romano á los 7 de mayo.

*La misa es en honra de la santa Cruz, y la oracion la que sigue:*

O Dios, que en la Invencion vital madero consigamos auxilio de la saludable Cruz renovaste los milagros de tu pasion; concédenos que por el valor del eterno. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del cap. 2 del apóstol S. Pablo á los Filipenses.*

Hermanos: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que (fueron) en Cristo Jesus: el cual siendo Dios en la sustancia, no juzgó usurpacion el que su ser fuese igual á Dios: sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hombres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta



la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre : para que en el nombre de Jesus se

doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno : y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

## REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillarnos tanto como nuestra misma vanidad ; y como nuestro mismo orgullo. Juzgarse uno superior á otro ; engreirse , estimarse sobre los demás , porque encuentra el nombre de su familia en pergaminos viejos , ó porque tuvo un bisabuelo hombre de mérito ; embriagarse , por decirlo así , con el alto concepto de sí mismo , querer ser distinguido , pretender que todo el mundo le doble la rodilla ; ¿ por qué ? porque ocupa un empleo que le hace mas visible que á sus iguales ; porque es dueño de una posesion , á que están agregadas estimables heredades ; porque es un poco mas rico que los otros. Al descubrir el verdadero origen , y el motivo verdadero de nuestro orgullo , valga la verdad , ¿ puede haber mayor para humillarnos ? Y si fuera menos comun esta enfermedad , ¿ se la daria otro nombre que locura ? ¡ Oh pobreza de corazon ! ¡ oh apocamiento del espíritu humano ! Pocos gustan de vivir al nivel de sus iguales ; pero son muchos menos aquellos á quienes no se les anda la cabeza siempre que se ven un gradito mas arriba. Esto dicta la simple razon natural : ¿ pero qué reflexiones , qué máximas inspira nuestra religion en orden al orgullo ?

Avergonzarse , tener horror á la oscuridad de su humilde nacimiento , huir de la humillacion y del menosprecio ; como de un gran mal ; no suspirar por otra cosa que por honras , por empleos y por estimacion ; gustar únicamente de la distincion y de la singularidad ; querer sobresalir en todo ; aspirar con ambicion al fausto , y á los primeros cargos ; ¡ y todo esto á vista de un Dios , que se anonadó á sí mismo , que tomó la figura de siervo , que se humilló , y se abatió hasta morir , y morir en una cruz ! ¡ y engreirse , ensoberbecerse los que adoran á un Dios humillado de esta manera ! La vanidad , el amor de la gloria y la ambicion son la pasion dominante de la mayor parte de los cristianos. Aquella mujer del mundo , cuyo fausto y cuya vanidad serian reprehensibles aun en medio del gentilismo , y que se fabrica un idolo de su aparente hermosura , se prostra delante de la cruz , adora á Jesucristo humillado , y pretende no tener otra religion que la de este Señor. Aquel hombre , cuya ambi-

cion no reconoce limites , se llama discipulo de Cristo , quiere morir con un crucifijo en las manos , cree los misterios de su religion , y hace profesion de seguir su doctrina . ¡ Cuantas cosas pasan en el mundo por estravagancia , que no son tan opuestas á la razon como esta conducta ! ¡ Y á vista de esto , nos admiramos de que el error haga tantos progresos ! La herejia es hija del orgullo ; la fe se cria con la humildad ; en estas almas orgullosas siempre está la religion débil , flaca , desmayada y casi muerta. Que el error esté en el entendimiento , ó que esté en la voluntad ; que se desacierte en lo que se cree , ó en lo que se obra , importa poco ; y no es menos digno de compasion.

*El Evangelio es del capitulo 3 de S. Juan.*

En aquel tiempo : Habia un hombre de la secta de los fariseos , llamado Nicodemus , de los principales entre los judios. Este vino á Jesus de noche , y le dijo : Maestro , sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar : porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus , y le dijo : De verdad te digo , el que no vuelva á nacer otra vez , no puede ver el reino de Dios. Dijo Nicodemus : ¿ Cómo puede nacer el hombre siendo viejo ? ¿ por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre , y volver á nacer ? Respondió Jesus : De verdad , de verdad te digo , que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo , no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne , es carne ; y lo que es engendrado del espíritu , es espíritu. No te admires porque te he dicho : Es menester que vosotros vol-

vais á nacer. El espíritu inspira donde quiere : y oyes la voz , pero no sabes de donde venga , ni adonde vaya ; así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus , y le dijo : ¿ Cómo pueden hacerse estas cosas ? Respondió Jesus , y le dijo : ¿ Tú eres maestro en Israel , y lo ignoras ? De verdad , de verdad te digo , que hablamos aquello que sabemos , y testificamos lo que hemos visto , y vosotros no recibis nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas , y no me creeis : ¿ cómo creereis si os hablare de cosas del cielo ? Ninguno , pues , sube al cielo , sino el que bajó del cielo , el Hijo del hombre , que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente , de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre : para que todo aquel que cree en él no perezca , sino que tenga vida eterna.